

LA PLANCHA O LA VIDA

Teresa Calo

Dos sillas.

Una pareja rondando los cuarenta, muy correctamente vestidos, están sentados en paralelo, de cara al público frente a un hipotético “entrevistador” al que a partir de ahora llamaremos E, cuya voz y presencia serán “imaginadas” por el público.

EL y ELLA están sonrientes, satisfechos, encantados de sí mismos.

ELLA:

Para nosotros también es un honor, *(al compañero)* ¿verdad?

ÉL:

Ya lo creo, elegidos entre tantos... Una pasada.

Atienden a lo que les dice E.

ELLA:

El caso es que nosotros no le concedemos tanto mérito, nos parece lo normal, ¿verdad?

ÉL:

Bueno, sí, pero también es cierto que estamos rodeados de lo contrario ¿no? Fíjate cuántos de los que se casaron en la misma época siguen juntos: yo creo que ni el cincuenta por ciento.

ELLA:

Es verdad, y la mayoría, renegando y planteándose si romper o no.

ÉL:

Anda que si no fuera por los hijos y por la hipoteca...

ELLA:

Eso es verdad. Y la crisis, que romper cuesta carísimo. *(A una pregunta de E)* ¿Eh? Pagada, gracias a Dios. No tenemos ni hipotecas, ni deudas.

ÉL:

(A E) Dos, sí, niño y niña: la parejita. Muy majos, al menos de momento.

ELLA: (*Asintiendo a un comentario de E*) Yo también creo que influye, sí. ¿Verdad, papá?

ÉL:

Si hay buen ambiente en casa... se nota, se contagia. Los chavales se crían en armonía y salen... eso, armónicos.

ELLA:

(*Riendo*) Hijo, ni que estuvieras hablando de una orquesta.

ÉL:

(A E) ¿Está mal dicho armónicos? (*Escucha*) ¡Ah, armoniosos! Me suena parecido, la verdad, pero bueno, yo creo que se me ha entendido. (*Tras oír la respuesta de E, a ella*) ¿Lo ves, listilla? (*Comentario de E. Sorprendido*) ¡No, qué va! Si además no se lo he dicho en tono de reproche, ni nada, es que me corrige en todo. Pero lo de listilla es sólo un apelativo cariñoso.

ELLA:

(*Tras oír la pregunta de E*) No, mal no es que me siente...

ÉL:

Es que si te sienta mal esa chorrada...

ELLA:

(*Sin dejar de sonreír*) ¿Me dejas terminar? Me han hecho una pregunta. (A E) Digamos que no me sienta mal, mal, pero que preferiría que no me lo dijera tantas veces.

Él:

¿Tantas?

ELLA:

Muchas, cielo, muchas. (A E) ¿Eh? No, nunca le he dicho que me molesta, porque molestar, así, lo que se dice molestar, pues tampoco, pero bueno, ya me entiende.

ÉL:

Yo no. O te molesta, o no te molesta. Y si no te gusta, yo creo que te molesta y, la verdad, no entiendo por qué te molesta y sobre todo por qué si te molesta no me lo has dicho nunca.

ELLA:

Vamos a ver cariño, ¿tú le das importancia cuando me lo dices?

ÉL:

Ya he dicho que no, y además tú lo sabes de sobra, porque siempre te lo digo en tono cariñoso. Es sólo una forma de hablar, una coletilla si quieres, no lo sé.

ELLA:

Exacto. Por eso yo tampoco le doy importancia, porque sé que no significa nada negativo para ti.

ÉL:

Pero te molesta.

ELLA:

(Ríe) ¿Repasamos el manual de reglas de la buena convivencia? Venga: punto tres.

ÉL:

(Desganado) No hacer una montaña de un grano de arena. *(Respondiendo a E)* Sí, la tenemos. Y bueno, parece que funciona.

ELLA:

Está claro que funciona, cielo, si no, no estaríamos aquí.

Se hacen una carantoña que interrumpen por un nuevo comentario de E.

ÉL:

(A E) ¿Todas? Uf, no sé...

ELLA:

Chico, ni que fueran tantas: Una: compartir; Dos; respetar; Tres: no hacer una montaña de un grano de arena; Cuatro: empatizar; Cinco: comunicarse; Seis: aplicar la tolerancia; Ocho: A cada agravio -involuntario, claro-, disculpa y beso. *(Volviéndose a Él)* Y como creo que yo te he agraviado con mi comentario sobre tu apelativo cariñoso, te pido perdón y te doy un beso.

Le da un beso en la mejilla que Él recibe de forma ambigua.

ELLA:

(A E) Como ve son reglas claras y sencillas, nada del otro mundo.

(A una pregunta de E. Al unísono)

ÉL: No.

ELLA: Sí

Se miran.

ELLA:

¿No?

Él:

¿Sí?

ELLA:

Yo creo que sí. ¿Falta alguna?

ÉL:

No lo sé. ¿Las has dicho todas?

ELLA:

Sí, ¿no? ¿Teníamos alguna más? *(A E)* En todo caso, yo creo que son las más importantes y las que constituyen la base del éxito de nuestra relación de pareja.

ÉL:

(A E) ¿Eh? claro que estoy de acuerdo, si no, no estaríamos aquí, digo yo.

ELLA:

(A E) ¿Por tolerancia? Bueno, pues lo que es la tolerancia, ¿qué voy a entender? No pretender que todo se haga como tú quieres, amoldarte, aceptar los defectos del otro sin darles más importancia de la que tienen... Convivir en armonía con las diferencias, así lo resumiría.

ÉL:

Ahora eres tú la que parece estar describiendo una orquesta.

ELLA:

Creo que ahora la palabra armonía está perfectamente utilizada.

ÉL:

Era una broma.

ELLA:

Ya lo sé, tonto, más que tonto.

(A E)

Esa es otra de nuestras cualidades, nos encanta gastarnos bromas, reírnos juntos.

Él:

(A E) ¿Yo? Lo mismo que ella, vamos, bromas a parte no se puede describir mejor.

ELLA:

Gracias. (A E) Mire, esa es otra cosa importante para nosotros: la buena educación. Las cosas se piden por favor, se dan las gracias... Que el exceso de confianza no nos lleve a ser groseros. (A una pregunta de E) ¿En qué soy tolerante? Vaya pregunta, supongo que en todo, o al menos eso intento.

EL:

¿Cómo en todo?

ELLA:

Sí, vamos, como tú supongo, eso es lo que nos proponemos, ¿o no?

EL:

Ya, pero dicho así, suena...

ELLA:

¿Cómo?

Él:

No sé... como si estuvieras todo el día conteniéndote, haciendo esfuerzos para no saltar.

ELLA:

Eso es lo que has interpretado tú. Yo sencillamente hablaba en general, no me voy a poner a hacer una lista. (A E) ¿Ejemplos concretos? Aunque sea uno... no sé, no me parece muy bien. Cuando uno es tolerante es tolerante en silencio, digo yo, porque si vas a estar echando en cara cada rato que estás siendo tolerante...

Él:

¿Tantos ratos tienes que ser tolerante?

ELLA:

Y dale, no sé que pasa, me debo estar expresando mal, o no tenéis ganas de entenderme, no sé.

Él:

Eh, regla número tres.

ELLA:

Pero si no soy yo quien está haciendo una montaña de un grano de arena, perdona, sois vosotros.

ÉL:

No nos habremos expresado bien. Creo que lo único que se te pedía era un simple ejemplo de cómo aplicas tú la tolerancia, nada más. No veo dónde está el problema, cariño. (A E) ¿Yo? Vale. (Piensa) Tengo que ser muy tolerante cuando plancha.

ELLA:

(Flipando) ¡¿Cuándo plancho?! Ésta sí que es buena. (A E) Perdón, le dejo continuar, pero creo que debería explicar antes... Vale, vale, que siga.

ÉL:

Pues no sé si seguir, porque si te vas a poner así...

ELLA:

Sigue, en serio, no pasa nada. Me ha sorprendido, nada más.

ÉL:

Vale, sigo. Plancha mucho.

ELLA:

(Risita de sorpresa) Lo plancho todo. Vamos, que soy yo quien plancha en casa.

ÉL:

Pues eso, me han pedido un ejemplo y...

ELLA:

Y has dado uno absurdo, cariño, perdona. (A E) ¿Puedo explicarme ahora? (...) Gracias. Cuando distribuimos las tareas domésticas quedamos en que él fregaría, haría la compra y cocinaría y yo me encargaría del orden de la casa y los armarios -tenemos ayuda para la limpieza- y de todo lo referente a la ropa, lavado y planchado. (A él) ¿No es así?

ÉL:
Sí, pero...

ELLA:
¿Pero qué?

ÉL:
Que yo no estoy todo el día fregando.

ELLA:
Ni yo planchando.

ÉL:
Vale, lo que quiero decir es que yo friego lo que hace falta fregar, tú lo planchas todo sin necesidad.

ELLA:
¿Sin necesidad?

ÉL:
Sí, cariño, sin necesidad. No tienes por qué planchar mis sleeps, ni mis calcetines, te lo he dicho mil veces.

ELLA:
¿Qué me cuesta? Una vez que me pongo...

ÉL:
No sabes parar. Eso es lo que no... bueno, lo que tolero: verte horas haciendo una tarea a todas luces innecesaria.

ELLA se vuelve hacia ÉL como para responderle, pero le interrumpe una pregunta de E.

ELLA:
Sí, sí que lo plancho todo. Bueno, todo lo que se lava se plancha, eso es así y ya está. (A E) ¿Eh? No sé si es necesario, pero me gusta.

ÉL:
Eso, ahí quería yo llegar.

ELLA:
(A ÉL) ¿Es malo que me guste planchar? (A E) ¿Es malo?

ÉL:

Es malo que te guste más que cualquier otra cosa.

ELLA:

Uy, a ti también te gusta cocinar por encima de todo.

ÉL:

¿Cocino yo más de la cuenta? No, ¿verdad? Preparo la comida y la cena. Punto. No me invento lo que sea para seguir cocinando.

ELLA:

¿Y yo sí para seguir planchando?

ÉL:

Sí. Y no me lo puedes negar. (*A E, en tono jocoso*) En cuanto se le acaba la plancha, saca los manteles de los cajones para quitarles las marcas de los dobleces, absurdo, porque se les volverán a formar. O decide que hay que lavar sin falta los visillos, a pesar de haberlos lavado hace diez días. Visillos de algodón, claro. En casa *todo* es de algodón o de hilo, no entra nada sintético.

ELLA:

Porque soy alérgica.

ÉL:

Porque no se plancha.

ELLA:

(*Conteniéndose, a E*) El médico me dijo que era alérgica. Eso quiero que conste.

ÉL:

Pero con matices. (*A E*) **Ella** le dijo al médico que la ropa sintética le causaba molestias y añadió que estaba convencida de que era alérgica. Lo único que el médico hizo fue recomendarle que, en ese caso, no utilizara ropa sintética. Así fueron las cosas.

ELLA:

Francamente, yo ya me he perdido, ahora parece que el problema es que no use ropa sintética.

ÉL:

Nadie pone pegas a que uses ropa de algodón. Nadie. Es un coñazo, pero nunca me he quejado. Lo que no entiendo es por qué tampoco pueden llevar ni una pizca de fibra los manteles, las servilletas, los visillos...

ELLA:

Perdona que te interrumpa, ¿por qué es un coñazo la ropa de algodón?

ÉL:

¿Qué pasa cada vez que salimos de viaje? *(A E, empezando a calentarse)*

Tiene que plancharlo todo antes de meterlo en la maleta y, en cuanto llegamos al hotel saca la plancha –sí, sí, viajamos siempre con una plancha, no de las de viaje, no, de las buenas, de vapor-, y se pone a plancharlo todo otra vez antes de meterlo al armario. ¿Es eso normal? ¿Es normal que llevemos también una mesa de plancha de viaje?

ELLA:

(Puntualizando) De las pequeñas. Plegable.

ÉL:

Sí, vale, de las pequeñas, pero no es normal. No puede ser normal. Cuando vamos en coche, aún, pero si viajamos en avión pagamos un pico por el exceso de peso.

ELLA:

No pasa de treinta euros. *(A E)* ¿Qué son treinta euros en un presupuesto de vacaciones?

ÉL:

Nada. Y sesenta tampoco. Sesenta es lo que te cobran en un hotel por plancharte la ropa.

ELLA:

Noventa por lo menos.

ÉL:

Noventa o cien, me da igual.

ELLA:

Igual no es.

ÉL:

(A E, ignorando la última intervención de ella) Pero no. Hay que ir con la jodida plancha

ELLA:

¡Papá!

ÉL:

Rectifico: la maldita plancha y la jodida mesa de la plancha y joder las vacaciones desde el minuto uno.

ELLA:

No te conozco.

ÉL:

Lo siento. Retiro el verbo joder en todas sus acepciones.

ELLA:

Serás injusto... (A E) Si casi siempre plancho por la noche, cuando todos están dormidos...

Silencio prolongado. Primero cada uno parece estar reflexionando, o digiriendo lo dicho u oído. Después se nota la incomodidad de no saber por dónde seguir. Es E quien rompe el hielo con una nueva pregunta.

ELLA:

No, no. (A él) ¿Verdad que no?

ÉL:

Verdad. Apenas discutimos. Y que quede claro que yo no acostumbro a decir tacos. Debe ser la tensión de la entrevista, jamás uso ese vocabulario. (A Ella) ¿Verdad que no?

ELLA:

Verdad. Vamos, no seguiríamos juntos si lo hiciera. No soporto la vulgaridad, y menos la grosería.

ÉL:

Ni yo. Además, no sería un buen ejemplo para los niños.

ELLA:

Mis hijos...

ÉL:

Nuestros, mamá.

ELLA:

Eso, nuestros hijos jamás nos han visto discutir. Ni una mala palabra, ni un gesto incorrecto... Nunca. De eso podemos sentirnos bien orgullosos.

ÉL:

Es cierto. (*Tras una pregunta de E*) ¿De qué más? De muchas cosas, no sé... no sabría por dónde empezar.

ELLA:

Sería una lista interminable. Les educamos según nuestras propias reglas.

ÉL:

Respeto, tolerancia, educación...

ELLA:

(*A E. Un tanto molesta y sorprendida*) Por supuesto. Me extraña esa pregunta, la verdad. Es que es tan evidente...

ÉL:

Un hogar sin amor no sería un hogar, y el nuestro lo es.

ELLA:

Que no haya salido hasta ahora en la conversación, o entrevista, o lo que sea esto que estamos haciendo, no quiere decir...

ÉL:

(*Continuando su frase*)...que no lo haya. Hay mucho amor.

ELLA:

(*A E*) ¡En todo! Absolutamente en todo.

ÉL:

(*A E*) Se altera con razón. Tenía que verla con los niños, no hay madre más cariñosa y abnegada. Les dedica todos y cada uno de los minutos que le quedan libres.

ELLA:

(*A E*) ¡Pues claro que les beso y les abrazo, faltaría más. Soy muy, muy cariñosa! (*A él*) ¿A que sí, papá?

ÉL:

Pues claro, mamá. (*A E*) Y yo también lo soy. No entiendo qué le ha podido hacer pensar...

Se interrumpen sorprendidos ante una nueva pregunta de E

ELLA:

(A una pregunta de E) ¿Eh? A veces, sí, pero no sé a qué viene a cuento esa pregunta.

ÉL:

(A E) Es una costumbre bien cariñosa. Desde que fuimos padres...

ELLA:

(Tras otra pregunta "molesta" de E. Indignada) ¡No! No dejamos de ser pareja, por supuesto, pero no veo ningún problema en que nos llamemos papá y mamá, vamos, sólo faltaría que no pudiéramos llamarnos como nos dé la real gana.

ÉL:

Déjalo, mamá. No merece la pena. Está claro a dónde quiere llegar.

ELLA:

Pues yo no acabo de verlo.

(Nueva pregunta de E. Ella se queda perpleja, Él sólo incómodo)

ELLA:

¿A qué viene ahora la regla número siete? Ya le he enumerado...

ÉL:

(Para sí) Me lo estaba oliendo. (A Ella, puntualizando, pero conciliador) No. No lo has hecho. Esa te la has saltado, (volviéndose a E) pero ahora me alegro. Veo por dónde van las cosas y es mejor que no hayas respondido. (A un comentario de E) Disculpe, esa es su conclusión.

ELLA:

Que no nos guste airear nuestras relaciones íntimas no supone que no las tengamos.

ÉL:

Y en todo caso el tenerlas o no, no altera la armonía de nuestra familia. ¿No se trataba de encontrar la familia modélica?

ELLA:

Por lo visto no. Al parecer lo que buscan es obsesos sexuales.

ÉL:

(A *Ella*) Bueno, hacer el amor de vez en cuando tampoco nos convertiría en obsesos sexuales.

ELLA:

¿Tú de parte de quién estás?

ÉL:

De ti, por supuesto. ¿A qué viene eso? Si no he hecho otra cosa que protegerte.

ELLA:

¿A mí?! ¿En qué? ¿Y en qué necesito yo que me protejas?

ÉL:

(*No queriendo entrar al trapo*) Si es que no te enteras.

ELLA:

Pues qué raro, siendo una listilla. Vamos, lo que hay que oír. ¡Protegerme! Y no has hecho más que sacarme faltas.

ÉL:

¿Qué faltas te he sacado?

ELLA:

¡Obsesa de la plancha, por ejemplo!

EL:

No volvamos a eso, por favor.

ELLA:

Es que me ha dolido, ha sido una puñalada trapera.

ÉL:

Estás sacando las cosas de quicio, mamá.

ELLA:

¿Y tú? Tú te has pasado un pueblo, guapo.

ÉL:

No te lo voy a tener en cuenta, pero estás empezando a perder los papeles. Dejémoslo, por favor.

ELLA:

Yo no pierdo nada. Y deja de hacerte el considerado.

ÉL:

(Perdiendo la paciencia) ¡Es que te estás poniendo en evidencia! *(Suaviza el tono)* ¿No te das cuenta de que es eso lo que quiere este sinvergüenza? Provocarnos, enfrentarnos; vernos discutir para descartarnos de entre los finalistas. *(A E, retador)* ¿Qué pasa? ¿Este concurso está amañado como todo?

ELLA va pasando de la sorpresa a “comprenderlo” por fin “todo”.

ELLA:

No, papá. No está amañado, ni es un concurso para elegir a la familia modelo. Es una maniobra para el descrédito de la familia que ahora llaman convencional y que no pueden soportar porque es la base de cualquier sociedad civilizada. *(A E)* ¿No tiene nada que decir? ¿No más preguntas capciosas? Le hemos descubierto, ¿verdad? ¿Qué asociación de pervertidos se esconde tras el FME que organiza este concurso? *(Tras oír la respuesta de E)* ¡Ja! Familia modelo española. ¿Y con qué fin lo organizan? ¿Para desprestigiarnos?

E intenta ofrecerles una aclaración que ya no están dispuestos a escuchar.

ÉL:

(A E) ¡Deje ya de fingir, que no cuela! *(A Ella)* Has dado en el clavo, mamá. Pero ahora somos nosotros quienes tenemos derecho a hacer las preguntas. *(A E)* Se trata de una asociación de proabortistas encubierta, ¿verdad?

ELLA:

De los que defienden que se casen los maricones y las lesbianas y que encima tengan derecho a adoptar a pobres criaturas indefensas.

ÉL:

Y que pretenden que la aberración del cambio de sexo lo pague la seguridad social. Si está muy claro. Pero esto no va a quedar así.

ELLA:

Vamos a desenmascararles.

ÉL:

Pondremos una denuncia, acudiremos a todos los medios de comunicación sensibles a nuestra causa, que los hay, ¡vaya si los hay! Por mucho que les pese en este país aún queda gente decente. *(A Ella, levantándose)*
Vámonos, mamá. Este sitio apesta.

ELLA:

(Se levanta. Pero aún le espeta a E, con desprecio) Resulta que ahora lo único que cuenta para ser una familia como Dios manda es follar y follar y follar y follar y

ÉL:

(Le corta con cariño) No seas vulgar, mamá. No caigas en su juego.

ELLA:

Tienes razón. Pero es que esta gente consigue sacar lo peor de mí misma.

Comienzan a salir, decididos y muy dignos. Cuando están a punto de abandonar el escenario, se paran en seco y, tras unos segundos. Se vuelven perplejos a E.

ÉL:

¿Qué ha dicho?

ELLA:

¿Cómo que no puntúa?

ÉL:

¿Un trabajo sociológico?

ELLA:

¿Y qué tiene que ver la sociología con el sexo?

ÉL:

Lo que me faltaba por oír, vámonos antes de que...

Interrumpido por una nueva explicación de E

ÉL:

¡Ja! Medir el nivel de frustración, vamos, para mear y no echar gota.

ELLA:

(A El, cariñosa) Cielo, vulgaridades, no. *(A E)* Pues sepa usted que no estamos frustrados en absoluto. Estamos plenamente satisfechos. Porque lo

que importa no es la frecuencia, sino la calidad de las relaciones. A ver si se entera.

ÉL:

Déjalo, salgamos de aquí.

ELLA:

Es que quiero dejarle a este impresentable bien claro...

ÉL:

¡Que lo dejes ya!

ELLA:

No me hables así, por favor.

ÉL:

Lo siento. Es que me he puesto muy nervioso.

ELLA:

No pasa nada, papá. En cuanto lleguemos a casa te preparo una tila. (A E) **Esto** es amor. (A ÉL) Y nadie te molestará. (Besito) Voy a pedir a mis padres que se queden con los niños.

ÉL:

(Sorprendido) ¿En serio?

ELLA:

(Asiente) Hemos tenido los dos un día muy, muy duro, y además... Bueno, (melosa) ya te lo imaginas.

ÉL:

¡Ostras, es verdad! Tengo dos quilos de chipirones para cocinar, que están más ricos de víspera.

ELLA:

(¿Pelín desilusionada?) Eso. Y a mí se me ha acumulado una cantidad de plancha...

Salen

OSCURO